



Vargas Vila: historia y ficción

La novela de la vida, la vida de la novela

Consuelo Triviño Anzola
Escritora, investigadora literaria

Estimados amigos, ante todo quisiera dar las gracias a la Universidad Central por esta invitación que me honra y en particular, a Isaías Peña y a su equipo del Departamento de Humanidades por tener en cuenta mi trabajo en este simposio sobre la ficción de la historia. Me parece muy oportuno este tema en un momento de obligada reflexión en torno a la historia, cuando celebramos el Bicentenario que para nosotros tiene como fecha emblemática el 20 de julio de 1810. Lo que los libros de texto, en que nos educamos, contaban de este día constituye una de nuestras primeras nociones de la historia del país. Esta historia nos fue transmitida como un cuento que tenía como protagonistas, por un lado, a unos criollos que deseaban homenajear a un funcionario de la Corona española y por otro, a un chapetón que se negaba a prestarles un florero para tal homenaje, hecho que al parecer motivó la desavenencia que puso a temblar las bases del sistema colonial. Lo que demuestra cómo lo anecdótico se fija en la memoria y cómo los hechos se convierten en leyenda, porque la historia bordea las fronteras de la leyenda y la ficción, si entendemos que contar los hechos del pasado de algún modo es ficcionalizar en torno a ellos.

Y es que la historia con mayúsculas se construye con trozos de ficción, lo que me recuerda

al maestro Germán Arciniegas que traigo a este simposio por su alegato contra lo que él llamaba la “historia de papel”: la que se ceñía al documento escrito atribuyéndole una noción de verdad irreductible. Recomiendo su ensayo “La novela y la historia” recogido en el volumen *Con América nace la nueva historia*, que tiene un prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda a quien debo agradecer el descubrimiento de Arciniegas, y de libros maravillosos como *América tierra firme* o *Radiografía del Caribe*, por poner sólo dos ejemplos. Arciniegas insistió, a lo largo de su dilatada obra, en la cercanía entre la historia y la poesía, como lo hiciera el Inca Garcilaso de la Vega.

Apasionado de la historia de América, se acercó a figuras como las de Colón, Jiménez de Quesada o Bolívar, pero no se conformó con la sola relación de los hechos o la demarcación de una cronología que a la postre contradicen el devenir humano, esa manía positivista con sus estrechos conceptos, el empeño en hacer coincidir el hecho americano con la cronología europea. Arciniegas quería saber más sobre el hecho americano y los seres que lo protagonizaron para lo que afinaba el oído, inmiscuyéndose en las conversaciones de la tripulación, tratando de captar el sentir del pueblo, desentrañando la malicia y las tretas de los indígenas contra sus opresores, con el objetivo de transmitirnos

la atmósfera de aquella época. Esa actitud lo convertía en un novelero, término que en mi infancia tenía un sentido peyorativo. Mi abuela, me acusaba de novelera cuando quería saber y averiguar más de lo que ella consideraba que me correspondía. Según la definición del diccionario de la RAE, Arciniegas era un novelero, es decir: "amigo de novedades, ficciones y cuentos; o deseoso de las novedades, o que las esparce, etc.". Lo cierto es que su curiosidad e imaginación, unidas a su capacidad fabuladora, hicieron rabiar a muchos historiadores.

Arciniegas era un novelista movedido que utilizaba la historia como puente para saltar a su gusto entre el ensayo y la novela, lo que lo convierte en poeta y cronista. Buscaba, como el Inca Garcilaso, más que la verdad, la grandeza y la belleza de las acciones humanas.

Durante un tiempo Arciniegas, como Vargas Vila, fue para mí un campo de trabajo que me enseñó a mirar el hecho americano de una manera distinta, acaso con un sentido del humor que podría parecer frívolo, pero que obedecía a una estrategia suya. Esto es evidente en sus ensayos donde pretende con humor ayudarnos a superar la condición de vencidos y elevar con ello nuestra autoestima. Arciniegas subrayó las ventajas de la hibridez cultural que nos constituye, la confianza en nuestra capacidad de conciliar las fuerzas opuestas que luchan en nuestro interior. Lo importante para él era el hecho americano, la riqueza en que se sostenía y que se materializaba felizmente en inteligencias, como las de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, o Jorge Luis Borges.

Por tanto, antes de referir lo que para mí ha sido la escritura de *La semilla de la ira*, novela que gira en torno a lo que pudo haber sido la vida de José María Vargas Vila, quiero recordar los conceptos recogidos por Arciniegas en el mencionado artículo que asumo como declaración de principios en mi trabajo como novelista:

Primero, que el mérito de toda novela sobre determinada época pasada es conseguir que ese tiempo cobre vida, es decir, vigencia; el lograr que las hazañas acometidas y las derrotas padecidas por sus protagonistas adquieran vida en el presente de la lectura. **Segundo**, que

para ser un buen novelista no basta con acceder a archivos y documentos sino que se debe tener la sensibilidad de un artista. **Tercero**, que aunque el novelista se documente, su habilidad está en inventar situaciones, en cambiar el orden de las cosas hacia una intriga y un desenlace que pueden ser dramáticos, e incluso exagerar, si le parece oportuno, los rasgos del carácter del personaje que trata. **Cuarto**, que estas licencias de la ficción son las que nos permiten dar una imagen verdadera de la vida y digo verdadera en el sentido de profunda. **Quinto**, que una gran novela no pretende ofrecer cosa fingida, sino verdad honda y palpante. **Sexto**, que lo que en realidad hace el historiador sensible, y que lo acerca a un artista, es indagar sobre lo que queda vivo de los hechos del pasado, nada más y nada menos, hacer contemporáneo ese pasado.

Por tanto, convenimos en que lo ocurrido en el pasado es historia y lo que se cuenta sobre ese pasado puede ser, o es ficción y subrayo esta afirmación que responde en gran medida al tema de este simposio.

Las fronteras entre la historia y la ficción son muy difíciles de determinar. En inglés, nos recuerda Arciniegas, dos palabras: *history* e *story* sirven para establecer matices en un término que en español es el mismo: "historia" y que así definen en inglés: *History and story are the same word differently written*. De hecho las palabras "cuento", "narración", "relato" e "historia", son sinónimos en español.

El caso es que en los libros de historia se suelen contar mentiras y en las novelas se suelen contar verdades. Lo que cuenta *La Iliada* no deja de ser la invención de quien pone en boca de otros sus propias palabras, como hicieran en nuestra cultura los cronistas de Indias, ese "dijo que dijo el tal fulano de tal, etc.", estilo que articula los primeros relatos de la historia americana que se convierten en las obras canónicas de nuestra literatura hispanoamericana o latinoamericana.

Reconozco que no pensé en Arciniegas cuando me lancé a la aventura de escribir una novela inspirada en José María Vargas Vila, pero al tratar de explicar el proceso de escritura sí me ha ayudado la lectura de este ensayo que menciono. Todo empezó con una tesis que debía realizar

en la Universidad Complutense de Madrid para obtener un doctorado. Tendría que responderme ahora por qué elegí este autor y la verdad es que hay muchas respuestas. Una de ellas es el peso de la leyenda que atravesaba varias épocas, los rumores que circulaban sobre sus desviaciones y sus escandalosas novelas. Como investigadora, tuve acceso a unos archivos de y sobre Vargas Vila; después quise entender el fenómeno social en torno a él, levantado a partir de ocultamientos y verdades a medias, es decir, la leyenda sobre un escritor que llegó a ser el más leído en lengua española, pero también el más repudiado.

La idea de escribir una novela sobre Vargas Vila, ni siquiera se me pasó por la cabeza, pues para mí era sólo un interrogante. Paradójicamente, *lo que lo hacía visible era lo que lo ocultaba* y por eso, no se me ocurrió que podría escribir una novela sobre Vargas Vila, pero, en cambio, pensé que sí era posible escribir una novela situada en una época marcada por una estética que me llegaba a través de las poesías que aprendí en mi infancia, a través de los ritmos secretos que traían aquellos versos escritos en el pasado, pero vividos en el presente.

Arciniegas sugiere que un historiador verdaderamente curioso e interesado por la vida de la época debe arriesgarse a mirar por los ojos de las cerraduras, debe salir a los campos y a las calles a cazar los diálogos de la gente del común, las tertulias, los chismes.

Los libros que suelen publicarse como libros de historia y que en realidad se limitan a relatar lo que hicieron ciertos gobernantes o guerreros, tienen el peligro de ser lecturas muy entretenidas. Nada más agradable que conocer la vida de los grandes hombres porque o son páginas novelescas o fabulosas o, si la historia es la 'pequeña historia' que llaman los franceses, nos sentimos mirando por el ojo de la cerradura, entrando a saco en la vida privada... (Arciniegas, Defensa de la historia vulgar, 145).

El historiador, según él, entra en el campo de la ficción, es decir, en el terreno del novelista. Esto es lo que hace de manera magistral mi colega Miguel Torres en la extraordinaria novela que

El caso es que en los libros de historia se suelen contar mentiras y en las novelas se suelen contar verdades

es El crimen del siglo, o lo que hace Roberto Burgos Cantor en su frondosa Ceiba de la memoria.

¿Pero quién era este personaje llamado José María Vargas Vila? Tras la tesis podía dar muchas definiciones, como esta: era liberal radical, rabioso anticlerical, escandalosamente misógino. Se propuso sacar de quicio a los tiranos, animalizándolos en sus panfletos y denunciando su “servilismo” ante el yanqui, provocando a clérigos, políticos, críticos y gramáticos, con una literatura erótica que proyectaba los fantasmas de una cultura oprimida y opresora: el machismo, la misoginia, el despotismo, el resentimiento y la culpa.

Desterrado de su patria, cuyo suelo no volvió a pisar desde 1887, cuando huyó por motivos políticos, residió la mayor parte de su vida en España —con estancias en París y Roma— Dispersos sus libros en los mercadillos, en las ferias del libro antiguo en España y en ciudades como Madrid, sus títulos aún llaman la atención del lector desprevenido. En España más bien se le relaciona con la literatura por entregas, que vio la luz en colecciones como “La novela corta” o “La novela semanal”. De gran acogida entre las clases populares, tales publicaciones captaron la atención de un público diverso que incursionaba en la lectura en ese período.

¿Quién era Vargas Vila fuera de Colombia? En Latinoamérica, sus panfletos eran repetidos hasta el delirio por diversos grupos: obreros y campesinos liberales que además eran perseguidos por los gobiernos conservadores; por enardecidos antiimperialistas que denunciaban las incursiones del yanqui en América Latina y por la juventud rebelde que se identificaban con sus sentencias “ácratas”. Impresionaba el erotismo retorcido que destilaban sus novelas, cuyo

El personaje Vargas Vila se nos muestra entre luces y sombras cuando intentamos trazar su perfil. Por un lado está el misógino provocador, el dandi exhibicionista; por otro, el perseguido político, el intelectual liberal radical, anticlerical y antiimperialista virulento

desarrollo proponía la destrucción de la mujer, para combatir las manifestaciones del instinto y fortalecer la viril “voluntad de poder”.

¿Dónde estaba la raíz de ese machismo? ¿Se trataba de matar el elemento femenino en el hombre? Es posible. Acaso esto explique la ferocidad con la que su discurso se lanza contra las mujeres. Los artículos de la prensa decían que desató “una ola de suicidios” entre los lectores, especialmente con su novela *Ibis*, publicada en Roma en 1900, en una edición pagada por el autor. Vargas Vila presumía de estos incidentes, de su malditismo, que alimentaba en una muy proclamada soledad. Hierático se mostraba ante el público, como un dios vengador, respondiendo a la prensa con afirmaciones temerarias contra las celebridades de su tiempo.

Pese a que las novelas de Vargas Vila proponían la destrucción de la mujer, no pocas lo admiraban, como la célebre Gabriela Mistral. También es verdad que obras como *Flor de fango* denuncian el asedio que sufren las mujeres en la sociedad, cuando no tienen el apoyo de una familia o de un hombre que vele por ellas. Por otro lado, el alegato contra la intolerancia

religiosa, padecido en su patria, adopta la forma de una mujer asediada y apedreada por la turba fanática, lo que da pie a muchas interpretaciones del *ethos* americano, *Flor de fango* que se rebela contra la adversidad.

El hecho es que el siglo XIX era paradójicamente misógino, pues mientras que en la sociedad las temidas reivindicaciones feministas eran sofocadas, cuando no ridiculizadas, en el arte triunfaba la sensibilidad femenina. Autores como Alejandro Sawa y Ramón del Valle Inclán, afines a la estética modernista, manifestaban en sus novelas el deseo de sentir y vivir como las cortesanas.

El dandi que adelgaza su voz y adopta las actitudes de una mujer frívola, muestra de qué manera lo femenino transforma la sensibilidad masculina en una época influida por Wilde y por Huysmans que resumían el ideal estético de Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo y Pedro César Dominici, entre otros.

Por todo lo anterior, acercarse a la obra de Vargas Vila fue una experiencia fascinante, más si pensamos que en Colombia, la denostada patria, su nombre todavía puede resultar incómodo. ¿Qué hacer con él? Es la pregunta más corriente. Descalificarlo, como acostumbraba la crítica oficial y académica, ya no tiene sentido; sugerir que es de muy mal gusto leerlo, es absurdo, además de inoperante. Puede que no nos sirva de referente para analizar la realidad de su tiempo con el rigor del sociólogo o del científico, pero los hechos que padeció, como la derrota de los radicales y su persecución, fueron vividos por él y su testimonio hace parte de una memoria sin la cual no se completaría el rompecabezas de la historia.

Más allá de la validez de algunos de sus textos, lo verdaderamente significativo es el fenómeno social, el mito de Vargas Vila en el imaginario latinoamericano, desde México hasta Argentina, que exige ser tenido en cuenta. Razonable sería estudiarlo sin prejuicios estéticos, buceando en su extensa obra, rescatando para nuestra literatura páginas memorables como *Huerto agnóstico*, *Sombras de águilas* o *En las cimas*, por nombrar unas pocas.

Por suerte, en algunas universidades, en los últimos años, especialmente en los Estados Unidos, se ha emprendido la tarea de reinterpre-

tarlo, abordando incluso sus novelas desde una perspectiva simbólica, ideológica, política e histórica, ahondando en el imaginario latinoamericano, leyendo entre líneas los padecimientos de su alma atormentada.

El personaje Vargas Vila se nos muestra entre luces y sombras cuando intentamos trazar su perfil. Por un lado está el misógino provocador, el dandi exhibicionista; por otro, el perseguido político, el intelectual liberal radical, anticlerical y antiimperialista virulento, que inundó de panfletos los secretos anaqueles de las librerías de España y América del Sur, continente feminizado por él y que percibe como objeto de rapiña de los tiranos y de los bárbaros vecinos del Norte.

La mujer, la madre, la patria y las hermanas, mancilladas por el tirano, acaparan el universo de sus novelas. La madre, figura sagrada a la que no puede acceder, las hermanas, ángeles que toman los hábitos e ingresan en una orden religiosa, o son encarceladas por la institución religiosa, tema que surge en su novela *Ibis* cuando el protagonista se enamora de una novicia a la que pervierte.

Del mismo modo, en sus panfletos se denuncia de qué manera la patria, el continente americano, es saqueado por bárbaros que la mancillan. ¿Qué hace América Latina que es presa de la codicia y la ambición?”, se pregunta en textos paradigmáticos como *Ante los bárbaros*, editado en 1900 y sobre el que se hicieron numerosas ediciones.

En mi infancia se hablaba de *Aura o las violetas*, la novelita romántica sobre la que se hizo una película en 1922, pero se añadía que su autor odiaba a las mujeres porque había logrado seducir a su madre, disfrazado de mujer.

La mentalidad popular transmitía una información incoherente, sin analizarla. ¿Cómo era posible que disfrazado de mujer sedujera a la madre? ¿Era la madre lesbiana y él travesti? Obviamente se estigmatizaban las tendencias sexuales del personaje que había asaltado la prensa con un artículo muy comprometedor: “Camino de Sodoma”, en el que acusaba a un sacerdote jesuita de prácticas homosexuales con los alumnos del plantel en el que se desempeñaba como maestro de escuela. El artículo causó tal revuelo que el autor fue llamado

a juicio. Acusado de los delitos que señalaba en el clérigo huyó del país en 1886 cuando en Colombia Rafael Núñez, fundador del moderno Estado, iniciaba el período conocido como la Regeneración, y en el que, además de adoptar medidas impopulares, se dedicó a perseguir a muerte, a la oposición, los liberales radicales como Vargas Vila. De modo que éste sumaba a los motivos judiciales razones políticas para huir a Venezuela donde se revistió de una aureola de perseguido político.

Sin lugar a dudas, el escándalo es la palabra clave a la hora de resumir su vida, eso fue lo que vendieron las editoriales que lo promocionaron. Otro factor no menos importante, que contribuyó a su éxito, fue la piratería que llevó sus libros hasta los lugares más remotos del continente.

Este éxito llama la atención, pues entonces el marketing no había llegado tan lejos como ahora. En todo caso, se constata que lo más eficaz para dar a conocer una obra es el boca a boca y que lo decisivo no es vender libros sino que se lean, y sobre todo, que se hable de ellos. Esto lo consiguen muy pocos autores y uno de ellos fue Vargas Vila. En ese resultado influyó, sin duda, la clandestinidad de su lectura, que alimentó la leyenda de su malditismo y convirtió en pecaminoso el acto de leer un libro suyo, acto que era de iniciación sexual y de recóndita protesta.

Gracias a los rumores, allende los mares viajaban las ediciones francesas de Bouret y las españolas de Maucci y Sopena. Esta última emprendió la edición de sus obras completas en 1918 (cerca de sesenta volúmenes entre novelas, libros de política, de crítica literaria, de filosofía —o de sofismas—).

Pero Vargas Vila sigue presente en Colombia y así lo demostró, hace tres lustros, el proyecto de la editorial Panamericana, que bajo la dirección de Juan Carlos González Espitia, un apasionado de Vargas Vila, acometió la tarea de reeditar sus obras primorosamente encuadradas. Pero el éxito de ventas no fue el esperado: los tiempos cambian, aunque el mito sobrevive. Prueba de ello es que no hace mucho, un carpintero ecuatoriano que realizaba una obra en mi casa de Madrid, se sorprendió al encontrar en mi biblioteca libros de Vargas Vila. Las

historias que me contó del autor son las mismas que escuché a los mayores, las de su travesismo y odio a las mujeres.

El hombre había leído *Aura o las violetas*, lectura que suspendió debido a que un cura, según me dijo, condenaba esa actividad. Y como dato simpático, que a lo mejor no viene al caso, le pagué regalándole un libro de Vargas Vila, porque él mismo me sugirió ese intercambio.

El nombre de Vargas Vila, como he dicho, surgió cuando llegué a Madrid en 1982 y me enfrenté al reto de presentar un proyecto de tesis. De él solo había leído las novelas *Aura o las violetas* y *Flor de fango* y el célebre panfleto *Ante los bárbaros*, libros marginales que no pertenecían al canon de nuestra literatura. Pero me llamaba la atención la eterna reivindicación y condena de un autor que seguía siendo noticia en la prensa. Además, por aquellos años en España estaban de moda los estudios sobre la lectura y en las universidades se empezaba a mirar con interés la llamada literatura por entregas.

Vargas Vila era una rareza, aunque al alcance de cualquier investigador. Sus obras estaban en las librerías de viejos, en los mercadillos callejeros y en las bibliotecas públicas.

Otro dato importante y que demuestra el vivo interés que despierta Vargas Vila, es que en 1981 la editorial La Oveja Negra, en Colombia reeditó sus obras más conocidas. Con los años, la mirada sobre Vargas Vila cambiaba, pues no sólo era aclamado por algunos liberales nostálgicos, sino, también, por cierta izquierda latinoamericana que reivindicaba su antiimperialismo. Ejemplo de ello es que en Cuba Vargas Vila es respetado, ante todo, por ser amigo de Martí y por compartir con él su alegato contra el yanqui. Pero en otros sectores, en cambio, Vargas Vila era considerado un liberal contradictorio que se declaraba “anarquista” en el arte y acaba defendiendo los valores burgueses. Un hecho muy sonado ocurrió por entonces y fue el traslado de sus restos del cementerio de Barcelona a su ciudad natal, con lo que el panfletario volvía a acaparar espacio en los diarios. Todo esto, sin duda, influyó en la elección del tema de investigación para mi tesis.

Finalmente, en 1986, defendí esta tesis “El sentido trágico de la vida en la obra de José María Var-

gas Vila” pero al entregarla sentí que lo más importante se me había escapado, y que nada sabía del personaje. Casualmente ese año Vargas Vila volvía a ser noticia, a raíz de una entrevista a Fidel Castro en el que se le preguntaba por la obra inédita de Vargas Vila hallada en Cuba. En dicha entrevista el comandante confirmaba la existencia de su diario, que suponíamos desaparecido en México.

Recién acabada la tesis y con tantas incógnitas sobre el personaje me pareció lógico solicitar una beca de la Comisión Estatal para la Celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, para consultar el diario y continuar de ese modo con mi investigación. Las primeras notas del diario tomadas de los documentos depositados en el archivo del Consejo de Estado fueron publicadas como primicia en la revista *Margen* de Madrid y en la revista *Diners* de Colombia.

Si bien no pude obtener el microfilm de los documentos, accedí a una versión mecanografiada del diario de Vargas Vila de la que pude sacar unos fragmentos que en Colombia publicaron Arango Editores-El Ancora editores, bajo el título de *Diario secreto*, obra de la audacia y de la persistencia que me llevó a Cuba sin sospechar lo difícil que podía ser abrirse camino hacia los archivos. La cerradura que ilustra la portada hoy me parece de lo más elocuente, porque es eso lo que aconseja Arciniegas a todo aquel que busque la vida del pasado y quiera rescatar de allí una verdad palpitante: mirar a través de las cerraduras de la historia.

Entonces, lo importante para mí no era el contenido del diario, sino la proeza de haber podido editar aquellos fragmentos que despertaron suspicacias varias, acaso por las expectativas y los intereses alrededor de un mito y por la truculenta realidad de un país en el que no es fácil moverse.

Lamentablemente la lectura del diario no aclaraba el misterio en torno a la figura de Vargas Vila, por lo que su lectura fue para mí una experiencia muy frustrante. En esas páginas el autor se refiere a sí mismo hasta la fatiga, pero, en realidad, no nos dice nada que no hayamos leído en sus libros. Claro que nos describe con detalle sus enfermedades, nos indica que está solo, que pasa temporadas encerrado, sin comunicación con el mundo exterior. Mani-

fiesta su desprecio hacia el público que lo lee, pero no deja de registrar las visitas que recibe, como un acontecimiento.

El diario evidencia lo contrario de lo que proclama. Vargas Vila decía profesar el *culte du moi* tan querido por los estetas modernistas, haciendo propaganda de sí mismo, evidenciando sus heridas, sin ocultar el resentimiento por el desdén y desprecio de la crítica en torno a su obra. También nos revelaba el dolor por el destierro, la añoranza de una patria a la que sabía que ya no era posible regresar. Pero sus novelas dicen más cuando nos revelan las escabrosas patologías sexuales, estudiadas por el psicoanalista Mauro Torres en su *Psicoanálisis del escritor*.

Esa necesidad de desmontar al personaje persistió en mí, a pesar de que después de editar el diario rechazaba cualquier proyecto que tuviera relación con Vargas Vila. Más de un editor me propuso escribir una biografía, a lo que me negué. Por todo esto no creí posible que el personaje llegara a convertirse en el tema de una novela mía. No sólo era por el desgaste, sino por mi frustración ante los resultados de un trabajo en el que había invertido un tiempo precioso, robado a mi propio proyecto de escritura. Haber aplazado novelas y cuentos en función de una tesis que consideraba requisito

ineludible en mi formación profesional, era algo que me chocaba y cualquier cosa relacionada con Vargas Vila la vivía como una conspiración en contra de mi trabajo creador. Insisto en que alguna vez pensé en escribir una novela situada en esa maravillosa *belle époque* que tanto me entusiasmaba cuando preparaba mis clases sobre el modernismo, pero la idea quedó atrás, incluso la deseché por temor a que se convirtiera en eso que llaman novela histórica, y para lo que no tenía ninguna vocación.

Finalmente, Vargas Vila se me impuso en esa novela que evité durante tantos años. Todo gracias al escritor colombiano Julio Olaciregui, residente en París, que me invitó a participar en un dossier de la revista *Vericuetos*, dedicado a escritores colombianos residentes en París.

El primer personaje que vino a mi mente fue Silva, pero Olaciregui me recordó que también estaba Vargas Vila, de modo que no tuve más remedio que asumir el compromiso de escribir un cuento sobre él, situado en el París de finales del siglo XIX, en un momento para mí fascinante por los cambios que tenían lugar en todos los ámbitos del pensamiento, el arte, la ciencia, en el concepto de la vida, y en la mirada sobre la realidad. Pensé entonces que lo mejor para inspirarme era volver a leer su dia-



José María Vargas Vila

Foto. <http://tecnoculto.com/wp-content/uploads/jose-maria-vargas-vila-a.jpg>

Vargas Vila acabó resumiendo una época y una estética vividas y procesadas también por mí desde la infancia, cuando nos arrullaron con los versos de Darío y Silva; esa poética que penetró hasta la médula la sentimentalidad popular, que atravesó de la misma manera el cancionero, la mirada sobre el paisaje, y la forma de amar, deslizándose por la sintaxis de la lengua, moldeando nuestro ser

rio que, precisamente, se iniciaba en 1899 con la llegada del escritor a París, coincidiendo con la Exposición Universal que estaba próxima a inaugurarse.

En esta nueva lectura del diario lo vi como podría verme a mí misma, en cuanto escritora, luchando día a día por el destino de la obra, desde su gestación hasta su travesía incierta. Descubrí a Vargas Vila todavía joven y lleno de proyectos, dispuesto a conquistar a los lectores con dos de sus obras más importantes: *Ibis* y *Ante los bárbaros*. Él buscaba con ello una satisfacción personal, una justificación de su existencia, pero permanecía en su refugio, agazapado, garrapateando sentencias en su diario, aferrado

a los valores románticos, a su concepto de la libertad y la justicia, rindiendo culto a autores como Víctor Hugo, Leconte de Lisle, Hippolyte Taine, Ernest Renan, abrumado por las demoleadoras sentencias de Friedrich Nietzsche, cuyo influjo no podía evitar.

El diario daba cuenta de un viaje iniciático, más que de huida, de búsqueda. Llegaba a París, como muchos de su generación, respondiendo a la convocatoria que anunciaba exponer los logros de la cultura occidental. La ciudad culminaba sus obras urbanísticas y modernizaba la zona alrededor del recinto ferial inaugurando hoteles y ofreciendo a los viajeros el esplendor de su belleza. Llegaba antes que su compañero Palacio Viso, quien se había quedado en Nueva York, cerrando los asuntos económicos y preparando la edición de *Ibis* que el autor pagaría a un editor italiano.

La verdad es que me resultó apasionante imaginarme al personaje en ese viaje. Me conmovió su condición de escritor exiliado, o transterrado, como yo; me recordó el valor que tiene el concepto de patria en la distancia, lo que te falta y temes ya no recuperar, ese lugar lejano y presente que hiere en la distancia, sobre todo, cuando las realidades políticas amenazan con llevarla a la ruina, ese dar vueltas alrededor de los mismos fantasmas: pobreza, desigualdad, violencia, fanatismo, monstruos que adoptan la forma y el nombre de los caudillos y que emergen en sus ficciones.

Vargas Vila acabó resumiendo una época y una estética vividas y procesadas también por mí desde la infancia, cuando nos arrullaron con los versos de Darío y Silva; esa poética que penetró hasta la médula la sentimentalidad popular, que atravesó de la misma manera el cancionero, la mirada sobre el paisaje, y la forma de amar, deslizándose por la sintaxis de la lengua, moldeando nuestro ser. Todo esto hizo posible la escritura de *La semilla de la ira* (2008), porque su composición y matices, en realidad, son como un juego que consistía en juntar trozos de textualidades, frases de Vargas Vila que se continuaban, o que se cortaban para dar paso a un abanico de posibilidades, testimonios de la prensa, pedazos de invención, imitaciones,

simulaciones, verdades inventadas, que se hicieron reales y se impusieron, como dictadas por otros, de modo que al finalizar la novela sentí que ya no me pertenecía. Confieso que procedí con total libertad, y que disfruté, como nunca antes me había ocurrido, manejando la materia literaria, mezclando, fundiendo, confundiendo sazonzando, probando.

Escribí la novela en un año en el que empecé enviando capítulos a amigos y amigas que entusiasmadas me pedían más capítulos. Fue una novela “por entregas” que desde el principio tuvo adeptos y adeptas. Jamás me había sentido tan acompañada escribiendo, como con este libro que contó con la complicidad de personas muy queridas y todo esto se lo debo a Vargas Vila, a ese personaje tan arraigado en nuestra tradición que ahora vuelve a las librerías con la dignidad que le concede la humanidad de su

verbo incendiario y la profunda verdad que encerraban sus palabras, más allá de su pretendida misoginia, porque al ser ellas, él mostraba la parte oculta de su ser y al convertirme en él, una parte de mi ser se rebela a los lectores y las lectoras del presente. Pero, además, en esa novela veía no sólo a Vargas Vila, sino todo un continente estremecerse convulso, sin renunciar a ese sueño de belleza y verdad que al humanizarnos justifica nuestro paso por este mundo, lo que me permitió disfrutar de esa búsqueda que se justificaba en la ficción, gracias a cierta persistencia, pero, sobre todo, a la temeridad que asiste a las personas noveleras que se dejan arrastrar por la curiosidad, porque como sugiere Arciniegas, “El grande encantamiento de las cosas pasadas se cumple, en primer término, sobre quienes tienen el atrevimiento de acercarse a ellas queriendo penetrarlas”.

Referencias

ARCINIEGAS, G. (1991). *Con América nace la nueva historia*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 371.

ARCINIEGAS, G. (2001). “Defensa de la historia vulgar”, en *Arciniegas polémico. Sus más resonantes controversias*, Bogotá, Editorial Planeta, Espasa-Selección, 145-150.

TORRES, M. (1969). *Psicoanálisis del escritor*. México: Pax México.

TRIVIÑO ANZOLA, C. (1987). “El diario de José María Vargas Vila”. *Margen* 3. 56-63.

TRIVIÑO ANZOLA, C. (1988). “El diario secreto de José María Vargas Vila”. *Diners*. Año XXIV, N.º 217 (junio). 68-73

TRIVIÑO ANZOLA, C. (1988). “El sentido trágico de la vida en la obra de José María Vargas Vila.” *Diss.* Universidad Complutense de Madrid. Print.

VARGAS VILA, J. M. (1989). *Diario secreto*. Ed. Consuelo Triviño Anzola. Bogotá: Arango editores-El Áncora editores. ■



...lo peculiar del ser humano no es el espíritu puro sino esa desgarrada región intermedia llamada alma, región en que acontece lo más grave de la existencia y lo que más importa: el amor y el odio, el mito y la ficción, el sueño, la esperanza y la muerte; nada de lo cual es espíritu puro sino una vehemente mezcla de ideas y de sangre. Ansiosamente dual, el alma padece entre la carne y el espíritu. El arte —es decir, la poesía— surge de ese confuso territorio y a causa de su misma confusión.

Ernesto Sábato, *España en los diarios de mi vejez*, 2004